www.loqueleo.com/es

Título original: DIE OLCHIS IM LAND DER DINOS
Autor: Erhard Dietl
© Verlag Friedrich Oetinger GmbH, Hamburgo, 2017
Publicado en virtud del acuerdo con Verlag Friedrich Oetinger
© De la traducción: 2019, Noemí Risco Mateo
© De esta edición:
2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.
Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)
Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-340-5
Depósito legal: M-4.742-2019
Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: mayo de 2019

Directora de la colección:
Maite Malagón
Editora ejecutiva:
Yolanda Caja
Dirección de arte:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Los olchis en el país de los dinosaurios

Erhard Dietl

Ilustraciones del autor

loqueleo

Esta es la familia olchi

El bebé olchi

El abuelito olchi

La abuelita olchi

El niño olchi

La niña olchi

Silla de Fuego

La mamá olchi

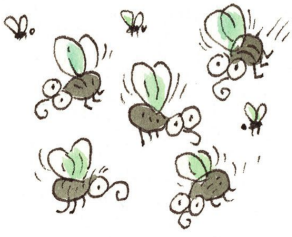
El papá olchi

Lo que les gusta a los olchis

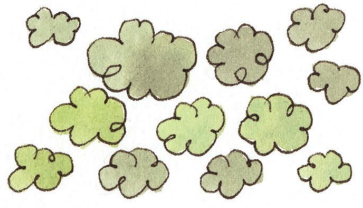
Los charcos de barro

La lluvia

La basura



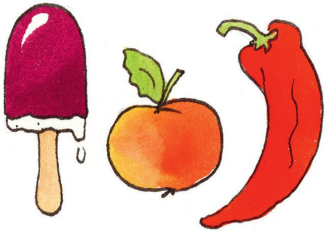
Las moscas



Las nubes apestosas

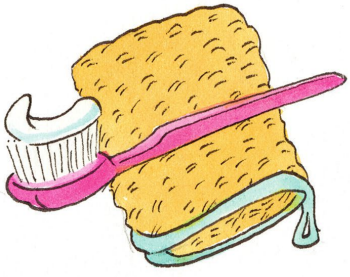
Los cumplepedos

Lo que no les gusta nada a los olchis



La comida fresca

La limpieza



Ducharse ni cepillarse los dientes

El orden

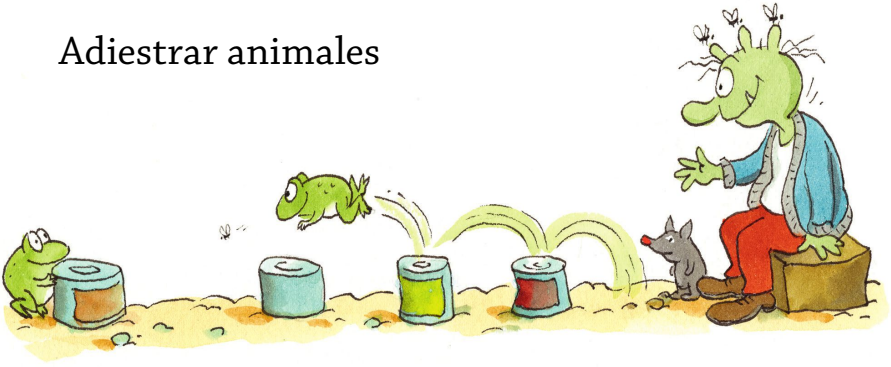
El olor a perfume

Lo que los olchis pueden hacer

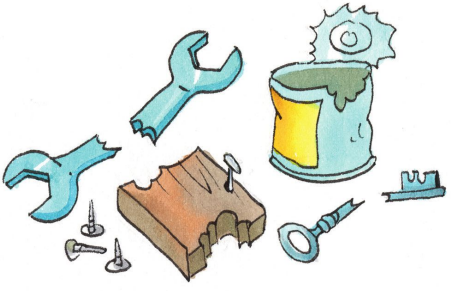
Levantar lavadoras

Lanzar neumáticos

Adiestrar animales



Holgazanear



Partir con los dientes cosas duras

Dolor de encías en verano

El sol de verano brillaba alto sobre la pequeña ciudad de Mugriendad. Todos los niños y los profesores se alegraban por las vacaciones, ya que podrían holgazanear de nuevo durante unas cuantas semanas.

Igual que los olchis en el vertedero mugriendense, que para ellos apestaba siempre de maravilla.

Los olchis no tenían que trabajar ni tampoco ir al colegio.

La montaña de basura para los olchis era un auténtico paraíso. Allí, el papá olchi se dedicaba a sus inventos y los niños olchis jugaban con ranas y ratas.

Cuando la mamá olchi quería cocinar algo, no tenía más que ir detrás de la cueva. Allí encontraba amontonadas las provisiones más podridas.

Sí, vivían realmente bien en la montaña de basura mugriendense. Allí tenían los olchis todo lo que necesitaban.

Bueno, al menos casi todo…

Ya hacía días que no llovía y la montaña de basura entera estaba reseca. En ninguno de los bonitos leganales había agua.

Los niños olchis no podían lanzar bolas de barro y la mamá olchi no tenía ni idea decómo iba a cocinar su mugricaldo sin lodo húmedo. Los olchis estaban sentados malhumorados en las sombras de su cueva apestosa.

Y precisamente ahora tenía que salirle un diente nuevo al bebé olchi. Estaba tumbado en una caja de fruta y berreaba con todas sus fuerzas.

La mamá olchi intentó en vano darle al bebé olchi un trozo de neumático para que pudiera mordisquearlo. Y la abuelita olchi le

había dado ya más de 23 vueltas al vertedero y le había cantado 57 veces la canción de los olchis. Pero el fastidioso dolor de encías no se le iba.

Los dos niños olchis jugaban al escondite con Silla de Fuego.

—¡Oye, malolientes! —les dijo la mamá olchi—. ¿Podéis cuidar un rato del bebé olchi, por favor?

—¿Por qué nosotros? —gritaron los niños olchis horrorizados.

No tenían ningunas ganas de cuidar del bebé llorón.

—¿Por qué no? —preguntó la mamá olchi—. Quiero salir a dar una vuelta con la abuelita olchi para buscar una charca.

—¡Exacto! —confirmó la abuelita olchi—. En algún lugar encontraremos algo cenagoso. Y vosotros dos mientras tanto podéis hacer de canguros. ¡No os cuesta nada!

La niña olchi puso los ojos en blanco y refunfuñó:

—¡Trapo viscoso de lodo! ¡Hacer de canguro es un rollazo!

—¡Es un rollazo cuescoso! —opinó el niño olchi.

—¿Qué estoy oyendo? —gritó el abuelito olchi.

Estaba sentado en su vieja estufa, mordisqueando una pipa de hueso.

—Hace 600 años cuidaba de un montón de bebés y no me aburría nunca. Era profesor en una guardería olchi. ¡Cada día cuidaba de cien pequeños bebés!

—¡Estupendo! —exclamaron los niños olchis—. ¡Por el Saposo, entonces puedes cuidar tú del bebé olchi! ¡Ya que lo haces tan bien!

El abuelito olchi negó con la cabeza y su pelo de alambre sonó.

—¡No tengo tiempo! Estoy inventándome una nueva poesía. Un poeta necesita tranquilidad y relajación, eso está clarísimo.

—¡Dejaos de historias, malolientes! —intervino entonces el papá olchi. Estaba estirado en su bañera de basura y tenía encima de la cabeza una piel de plátano para protegerse del sol—. ¿Cómo no le vais a hacer el favor a vuestra madre? ¡Haced algo un poco útil!

—¡Puedes hacerlo tú! —gritaron los niños olchis—. ¡Tú sí tienes tiempo!

—Eso solamente lo parece —respondió el papá olchi—. Tengo que descansar urgentemente. Con todo este pestazo por el calor estoy agotado.

El bebé olchi seguía berreando y los niños olchis le miraron pensativos.

—No podemos hacerlo —le dijo el niño olchi a la mamá olchi—. Preferiríamos dar vueltas a los neumáticos.

—¡Venga ya! —exclamó la mamá olchi—. Seguro que sois muy buenos canguros. Intentadlo al menos una vez.

—Pero nosotros queríamos ir a jugar con los sapos —refunfuñó la niña olchi—. Alguien tiene que preocuparse de los pobres sapos, ¿no?

—¡Excusas! —suspiró la mamá olchi—. ¡No oigo más que excusas! Entonces mañana no tendremos más mugricaldo.